

César Antonio Molina **Memorias de ficción**

Vivir sin ser visto

Regresar a donde
no estuvimos

Esperando a
los años que no vuelven

Lugares donde
se calma el dolor

Donde la eternidad
envejece

Te damos las gracias por adquirir este EBOOK

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Próximos lanzamientos
Clubs de lectura con autores
Concursos y promociones
Áreas temáticas
Presentaciones de libros
Noticias destacadas

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora Descubre Comparte

Índice

Portada

Vivir sin ser visto

Dedicatoria

Vivir sin ser visto

Regresar a donde no estuvimos

Dedicatoria

Cita

Regresar a donde no estuvimos

Esperando a los años que no vuelven

Dedicatoria

Cita

Esperando a los años que no vuelven

Notas

Lugares donde se calma el dolor

Cita

Lugares donde se calma el dolor

Notas

Donde la eternidad envejece

Cita

Donde la eternidad envejece

Créditos

Vivir sin ser visto

César Antonio Molina

Península

«Una confesión escrita siempre es falsa».
(GEORGES PEREC, *citando* a ITALO SVEVO)



Para Laura Livia.

¿De quién es este libro?—Hans Robert Jauss, uno de los padres de la Estética de la Recepción, y uno de los teóricos más prestigiosos de la literatura, no conforme con la complicidad de un solo lector en la energía conformadora de una obra literaria, en uno de sus últimos libros de ensayo titulado Las transformaciones de lo moderno le dedicaba un capítulo a la novela de Italo Calvino, Si una noche de invierno un viajero. En éste se refería a la influencia sobre su redacción no ya de un lector únicamente, sino de un segundo y un tercero.

¿De quién es la obra entonces, me preguntan mis alumnos cuando les digo entusiasmado que ellos también son partícipes de esa gloria, si llegan a hacer el placentero esfuerzo de leerla? ¿Es de ellos, de Italo Calvino, o de esos nuevos socios desconocidos que se añaden? Invadido yo mismo de tantas dudas, cercado por sonrisas de maldad, recurro para salvarme a un viejo epigrama del hispanorromano Marcial, quien a la pregunta de si un poema era del autor o del lector, respondió: «El librito que lees en público, Fidentino, es mío: pero cuando lo lees mal, empieza a ser tuyo».

Tomen ustedes buena cuenta de ello, cuando, a partir de ahora, quieran seguir estos textos como una sombra cómplice: lector real, lector ideal, lector implícito o «modelo», lector pretendido o lector potencial, del teórico y pensador germano.



El hermano indio—Una de las ciudades más violentas que conozco es Bogotá. Cuando hace pocos años estuve por última vez, la Miss Mundo de aquel año, una venezolana exuberante, se hacía acompañar por un escuadrón de soldados al mando de un teniente. Ya me hubiera gustado ostentar entre mis méritos castrenses una hazaña semejante. El hotel Orquídea Real, donde ambos nos alojábamos, parecía un fortín repleto de militares y matones que tomaban los ascensores y las escaleras exhibiendo descaradamente sus pistolas. Una noche memorable hubo un tiroteo entre aquellos ángeles custodios que provocó numerosos heridos, por lo que deduje que incluso la calle podía ser más segura que aquel lujosísimo hotel.

Pero Bogotá es también una ciudad muy culta. Conserva parte de su antiguo esplendor en el casco antiguo: iglesias barrocas, antiguos palacios coloniales y ese extraordinario Museo del Oro repleto de joyas

prehispánicas que hay que visitar entre las cajas fuertes de un banco. En una de estas antiguas casonas vivió uno de los más grandes poetas de la lengua española, José Asunción Silva. Silva, si bien está considerado como uno de los poetas precursores del modernismo, como Martí o Julián del Casal, vivió todavía el espíritu romántico. Habitó el París simbolista, perdió en un naufragio casi todos sus manuscritos, arruinó la hacienda heredada y mantuvo relaciones carnales con su hermana Elvira. A la muerte de ésta, el incestuoso se pegó un tiro justo en el lugar exacto en donde a un médico amigo le hizo marcar su corazón.

La Casa Silva está hoy dedicada a un gran centro de documentación poética. En la habitación del óbito, tuve la oportunidad de leer mis versos. Fui presentado como un poeta celta, es decir, perteneciente a una de las hermanas tribus indias que poblaron España.



Los ausentes—La fuente Castalia, en Delfos, está seca. Sin embargo, la fuente Aretusa, en la que fuera isla de Ortigia y ahora es una estrecha península, brota tan límpida y dulce entre papiros como la cantó Virgilio. La antigua Siracusa, construida en este islote, es un gran decorado barroco en cuyas entrañas a veces no se ocultan los viejos templos paganos. En esta ciudad, uno de los más grandes museos de ruinas al aire libre de todas las épocas, nadie reparará en un pequeño recinto semio-culto de las afueras. Es un discreto cementerio de soldados. Pero no de soldados griegos, romanos, cartagineses, godos, sarracenos, pisanos o aragoneses, sino aliados.

Siracusa fue escenario de algunas de las batallas y asedios más famosos de la antigüedad, pero también del siglo xx. Por allí desembarcaron las primeras tropas que hicieron frente a los nazis en tierra italiana. Y el resultado—al menos de una de las partes—se encuentra aquí. Más de dos mil jóvenes yacen bajo esa esponjosa hierba. No superaban los veinticinco años. Procedían de Australia, Canadá, India e Inglaterra. Este jardín, impecablemente cuidado, está lleno de epitafios maravillosos, fragmentos elegíacos dignos de una antología. Varias horas tardé en copiar un buen montón, y otras tantas en traducirlos del inglés en el fantasmal Gran Hotel. Uno de ellos decía: «Cuando te despedimos nunca pensamos que tendríamos la desdicha de recordarte tan joven». Pero el que más me llamó la atención ponía simplemente: «Te esperaremos siempre». Y, a continuación, aparecía el nombre de la calle, el número y el piso de Londres. Dos años después, en la década de los ochenta, visité esa dirección. Nadie recordaba a esta familia. ¿Y si él hubiera regresado?

Cuánta soledad. Dicen que los objetos que se lanzaban al río Alfeo, en Grecia, volvían a hallarse en la fuente Aretusa, su dulce amada rodeada del salobre mar.



Vicios cátaros—No sé si fue en Lastours o Quéribus, dos de las fortalezas cátaras más inexpugnables y hoy todavía más deslumbrantes en su belleza pétreo, donde Simón de Montfort, al tomar la plaza y encontrarse entre herejes, pero también entre fieles rehenes, mandó que se pasara a todos a cuchillo, pues Dios reconocería a los suyos. Este señor de la guerra paseó su cruzada por Béziers, Narbonne, Carcassonne y Albi, cuna de los albigenses. La secta maniquea achacaba a la carne todos los males, exigiendo la abstinencia sexual. Sólo los puros, los cátaros, eran los elegidos. Y para ser puro, ¿qué mejor camino que el suicidio, el martirio a manos de los suyos, o el abandono de sí mismo por inanición? La sangre que corrió por estos tortuosos empedrados medievales debió de ser tan roja como el ladrillo de la catedral de Santa Cecilia, la única catedral del mundo así construida, como el resto del casco antiguo de la «ciudad roja». Aquí nació Toulouse-Lautrec, el más «impuro» de los pintores modernos, el más erótico y perverso, el inmortalizador de la carne corrupta, de las mujeres de la mala vida, de las vedettes de los más inmundos cabarets parisinos. ¿No es curiosa esta paradoja?

He revisitado estas pinturas en Madrid, pierden encanto. En el Palacio de Albi, cuelgan de las paredes entre sillones de terciopelo rojo y verde. Hay allí una gran conjunción con el mobiliario retratado. Y ese aire decadente embriaga como debió de hacerlo el humo del burdel, de los teatros cantantes, los cafés a deshora, las casas de citas por las que arrastraron sus vidas Valentin le Désossé, Jane Avril, Ivette Guilbert o la Goulue, un escuadrón del vicio que hubiera pervertido a más de un cátaros.



Dedicatorias hemerográficas—El pasado verano revisité la Hemeroteca Nacional, que es una institución nómada. Ahora, después de cuatro traslados—los bibliotecarios dicen que dos ya equivalen a un incendio—regresa a la sede donde estuvo, la Biblioteca Nacional. Grave error. La Hemeroteca Nacional debería ser un organismo independiente y no un apéndice de otro. La visito con frecuencia (también la Hemeroteca Municipal, que tiene mejores fondos) para refugiarme en ese oasis de

mi existencia nonata. Pero esta vez buscaba unos artículos de Gonzalo Torrente Ballester, de comienzos de los sesenta, en el viejo Faro, que ya componen un libro. Son las memorias de un inconformista, disidente del franquismo. Un régimen que imponía la censura previa, algo terrible para la libertad de expresión, pero gracias a la cual hoy contamos con estas magníficas colecciones de páginas que ya no son tan efímeras. La censura también me deparó una sorpresa gratificante. No sé por qué no había reparado antes en ella. Cuando Torrente Ballester comenzó a publicar sus columnas era Manuel Cerezales el director de esas páginas. Tiempo después, lo sustituyó Alejandro Armesto y ya Álvaro Cunqueiro. El autor de Un hombre que se parecía a Orestes mandaba a la censura el periódico con su amplia firma de equilibrista sobre la cabecera. Este autógrafo de tinta azul puede verse aún resplandecer en multitud de primeras planas. Cunqueiro así, desde su genialidad, inventó algo que debe ser único: la dedicatoria hemerográfica al lector del futuro. Cunqueiro supo, mucho antes que García Márquez, que el periodismo era un género literario, y entonces, por qué no, rubricarlo como un libro. La Hemeroteca Nacional tiene, sin saberlo, una pequeña joya que cuidar de manos depredadoras.



Un atrevido agente literario—Santa Cruz de la Sierra, en Bolivia, no tiene Sierra. El conquistador extremeño que la fundó le puso el nombre de su pueblo natal. Está en medio de una selva de difícilísimo acceso por tierra. El avión es como un autobús multirracial y destartalado lleno de personas y animales domésticos. El Urubamba es el río que la circunda. Gran parte del año permanece seco, pero cuando las lluvias arrecian su lecho tiene varios kilómetros. En Santa Cruz me despertaban las bandadas de loros multicolores. Es uno de los lugares más remotos del mundo. No era el único español que estaba allí. Etraras de la primera época habían formado familias mestizas, jesuitas de la teología de la liberación cuidaban los albergues para la multitud de niños abandonados, otros ex religiosos regentaban restaurantes y ricos emigrantes controlaban algunas de las industrias más florecientes. Todos ellos convivían con nazis y argentinos exiliados y traficantes de drogas.

A las conferencias que dimos acudían muchos espectadores ávidos y cordiales. Entre las personas con las que hice mejores migas estaba uno de esos afortunados emigrantes. Era un catalán del Ampurdán. Se dedicaba a la importación de electrodomésticos desde el Brasil. Tenía una buena biblioteca y una pinacoteca de cierto gusto. Admiraba a Pla y recitaba a Maragall o a Riba. Era un frustrado escritor, de ahí su interés por un joven poeta. Un día comí en su casa. Presidía la mesa junto a su

mujer e hijas oficiales, pero también estaban las de las otras «camadas», las ilegítimas. Ocho jovencitas de muy distintos semblantes, edades y colores. A los postres me dijo que eligiese a una de ellas y así podría escribir sin preocupaciones durante toda mi vida. Ningún agente literario me hizo jamás propuesta semejante. Le prometí una contestación al día siguiente cuando volé a Cuzco. Pero algunas respuestas son mortales.



Remites privados—Por razones familiares, debo de ser el español que—al menos en las dos últimas décadas—visita más frecuentemente la tumba de Antonio Machado. Cerbère es el primer pueblo francés, tras Portbou. Allí paso temporadas en una casa que fue de los aduaneros. Está frente a la playa y bajo la estación del ferrocarril. En uno de los armarios de este alto y amplio caserón están todavía colgados los uniformes militares que las diferentes generaciones de inquilinos tuvieron que vestir desde el desastre francés ante Prusia hasta la última guerra mundial. Hay espadas, mascarillas, mosquetones y ametralladoras inservibles. Oficiales alemanes, durante la ocupación, habitaron una de las plantas más nobles, sintieron admiración por este pequeño museo y hasta contribuyeron con algún recuerdo. Se enamoraron del desdén de la joven dueña, que era una magnífica pintora, y, de lo que a ellos más les emocionaba, su destreza al piano. La dueña que tiempo atrás había ayudado a pasar al cortejo de los derrotados republicanos españoles. Collioure está muy cerca por una carretera llena de acantilados, de viñedos, y tan hermosa como atormentada. La tramontana, cuando sopla, la hace imposible. Collioure tiene un gran castillo sobre la misma playa. Su belleza atrajo a pintores como Matisse y Picasso. Allí está, tal cual, el hotel donde murieron Machado y su madre, rozando el cementerio. Siempre acudo a visitar este jardín de esbeltos cipreses cercado por antiguas casas. La gran losa de la tumba lo preside. Hay un buzón del que rebosan cartas que se esparcen y marchitan como hojas muertas. Un día el guarda, que ahora es un buen cómplice, me cogió a punto de satisfacer mi curiosidad. Me previno muy serio de que el correo era algo privado y que podía incurrir en un delito. Ahora, cuando voy, los dos lo ordenamos, y él, que jamás salió de estos lindes, me pide que le describa los lugares de donde provienen los remites.



Mordiscos transilvanos—Presenté en la Residencia de Estudiantes, junto con su director José García Velasco, una magnífica antología poética de Rafael Santos Torroella publicada por Visor y prologada por mí. Torroella es el decano de los críticos de arte, un sabio y el mayor especialista en la obra de Dalí. A mediados de los ochenta, preparando la exposición sobre la revista *Alfar* y su época, me puse en contacto con el secretario del pintor catalán, Descharmes, para solicitarle el préstamo de alguno de sus cuadros vibracionistas. Descharmes, tras consultárselo a Dalí, me telefoneó para verme en Barcelona y concretarlo. Viajé allí y de nuevo el fotógrafo francés me volvió a citar, para el día siguiente, en el castillo de Púbol, a las nueve de la noche. Por esta razón tuve que anular otro previsto encuentro con Juan Perucho, quien, al saber el motivo, me comentó que esa excursión, a esa hora, en ese día de finales de febrero y a ese lugar, le hubiera gustado hacerla a Bram Stoker. Llegué al castillo, atravesé el pequeño jardín poblado de esculturas de animales surrealistas, y por entre una serie de escaleras y pasillos observé el catafalco de Gala iluminado por gruesos cirios encendidos. Justo encima, en el piso superior, estaba el dormitorio del genio ampurdanés. En la antesala una puerta se abrió automáticamente. Me asomé. Dalí yacía, en túnica blanca, recostado en la cama sobre almohadones. Me miró un instante, y con voz de gregoriano, entonó: «¡Por Barradas, todo! ¡Por Barradas!». Se atusó sus ya escasos bigotes y se dio media vuelta mientras se corrían lentamente las cortinas del baldaquino. Había luna llena, helaba, no encontré un alma en el minúsculo pueblo. Anduve perdido por la carretera hasta que llegué a la estación de Flaçà, solitaria y en penumbra. Cuando me creía salvado, el último tren la atravesó más rápido que un mordisco transilvano.



Inofensivos souvenirs—En el *Kitty O'Shea's Pub*, en el 23 Upper Grand Canal Street de Dublín, me confirman una triste premonición: que el antiguo *Café Neón* de la Plaza Omonia de Atenas ha sido derribado. ¿Cuántas tardes pasé perdiendo las horas frente a sus grandes ventanas y espejos enmarcados por altos búhos? ¿Cuántas tardes pasé bajo las alas protectoras de los ventiladores, viendo consumir el rosario infinito de cuentas de los comboloi? El frío mármol de sus mesas aún me recorre el cuerpo como un escalofrío.

Un día, atrapado en su puerta giratoria, me tropecé con una joven canadiense. Estaba perdida buscando una pequeña iglesia enclavada a los pies del Plaka, por Monastiraki. Tenía que cumplir, en ese día de su veinte cumpleaños, una promesa. Sus padres, antes de su nacimiento, visitaron aquella iglesia desconocida y se llevaron dos piezas de latón,

dos ex votos, como dos souvenirs inofensivos. En uno aparecía una casa y en el otro una niña. Y casa y niña tuvieron sin saber que aquellas ofrendas no deberían haber sido arrebatadas. Ella ahora las devolvía enmendando aquel desconocido pecado.

Por los pocos datos de que disponía, la iglesia no podía ser otra que la de Kapnikarea. La acompañé y no fue fácil atravesar el cruce de las cuatro calles hasta llegar a aquella isla. Al penetrar en su interior los ruidos de los cientos de automóviles se detuvieron. Estaba toda a oscuras. Laura sacó de su mochila y depositó sobre un pequeño altar ambos objetos, entre otros muchos que yacían en un desordenado orden. Encendimos todas las velas que pudimos y comenzaron a brillar los iconos. La luz resplandecía tanto como el silencio. También el latón se convirtió en pan de oro.



La forma de la luz—«Como el agua toma la forma / del vaso, así la luz / que con tanto afán busco / pueda tomar la forma /—que no sé imaginar —de mi propia mirada. / ¿O tomar mi mirada / la forma de la luz?». Éste es el epitafio que reza sobre la tumba de Ángel Crespo, en Calaceite (Teruel). Después de viajar por medio mundo, el mejor amigo, el más generoso maestro, el poeta exquisito, vino a yacer aquí. Muy cerca de Calanda (la tierra de Buñuel), y a pocos kilómetros de Gandesa (todavía se ven muchos vestigios de la guerra civil, entre ellos la pequeña colina desde la que Franco observaba los movimientos de tropas), se encuentra este pueblo repleto de grandes casonas que dan idea de un pasado generoso de riqueza fundada en los molinos de aceite. Crespo, al regresar definitivamente de Puerto Rico, reconstruyó una de ellas y quería haberla blasonado con uno de los escudos del Rey Don Sebastián. Los carlistas decimonónicos que pasaron por aquí, camino de la vecina Sierra del Maestrazgo, hubieran saludado emocionados este símbolo. Hace poco borraron de las últimas paredes los retratos mofletudos del Duce, que yo hubiera dejado como huella arqueológica. Calaceite, en primera línea de fuego, pasó de mano en mano, de fusilamiento en fusilamiento. Corrió tanta sangre como aceite por sus calles. Hoy un grupo de artistas y escritores fundamentalmente catalanes la habitan, como lo hizo Crespo y también, durante muchos años, el hoy fallecido escritor chileno José Donoso.

Hace un año, en medio de una gran nevada, entre almendros en flor y centenarios olivos, lo enterramos. Tan extraordinario poeta debe tener una tumba así. A su lado, en una gran fosa común, todavía están los restos de algunos soldados italianos bajo su bandera definitiva: un rótulo oxidado que pone «ignoto», como si todos nosotros no lo fuéramos.



Una lección de juventud—Era demasiado joven cuando hice mi primer viaje a China. Tanto que, a pesar de lo largo y complejo del trayecto aéreo, llegué sin el menor cansancio y en un alto grado de excitación. Me veía ya como René Leys, el personaje de Victor Segalen, recorriendo los pasadizos secretos de la que fuera ciudad prohibida y moviéndome de aquí para allá entre los restos de una ciclópea arquitectura soñada.

Mis amigos me recogieron en el aeropuerto, me alojaron en una de sus casas, en un barrio céntrico de Pekín, y trataron en vano de que descansase. Ante mi insistencia me condujeron a un paraje cuyo nombre no me dijeron. Sin duda era una colina. La mañana estaba lluviosa, y al subir por la ladera, la niebla se hacía cada vez más densa. Se oía el suave chasquido de las gotas en la hierba, y no se veían sino masas de vapor frío. Nada de aquello me desalentó. Una voz me indicó la cercanía de lo más alto, desde donde divisaríamos un panorama maravilloso. Seguí ascendiendo, y al cabo de unos minutos vi muy cerca una roca, como tantas, toda envuelta en nimbos. «¿Qué es eso?», pregunté. «El Loto Invertido», respondieron.

El cansancio comenzaba a manifestarse, y cuando pensaba que me disponía a iniciar el descenso, escuché otra voz. «Pero aún hay otra vista más extraordinaria desde la cima». Aunque empapado, no podía volverme atrás. Finalmente llegamos a la cumbre sin que nos percibiéramos los unos a los otros. Niebla y brumas espesas nos cercaban. Ningún contorno de valles o montañas vislumbraba, ningún paisaje.

«¡Aquí no hay nada que ver!», protesté con humor agrio.

«Subimos para no ver nada», me respondieron las voces emboscadas.



Inscripciones y grafitos—Mi amigo Santiago Palomero me invita a dar una conferencia sobre Jerusalén en la toledana Sinagoga del Tránsito, de la cual es conservador. Impone dejar tu voz impresa en estas altas paredes que construyó Samuel ha Levi a mediados del xiv y que han sobrevivido incólumes a tantos avatares. Uno de los hechos que convierten a este lugar en algo singular es el empleo de inscripciones, un rasgo característico del arte mudéjar de los siglos xiii al xv. Inscripciones hebreas y árabes pueden verse desde la Galería de las Mujeres, en la primera planta. «...Y sus ventanales semejantes a los ventanales de Ariel / y sus atrios para quienes estén atentos a la Ley perfecta / y una casa habitable, para cuantos habitan a Su sombra...». La sinagoga y el mu-

seo sefardita son incomparables: restos arqueológicos, libros, pinturas, trajes de boda, objetos de la vida cotidiana. Pero Santiago me muestra otra de sus inscripciones: el libro de visitas de los miles de viajeros que llegan de todo el orbe. La familia Calvo Toledano escribió: «A la ciudad de nuestros padres, con la bendición del Dios de Israel que no miente. Nuestra familia llegó a Turquía, y de ahí a Rodas; luego llegamos a Jerusalén y desde allí venimos. Todo esto nos lo transmitieron nuestros antepasados, y no lo hemos olvidado». Un anónimo dice: «¡No lo entiendo! Primero los echamos, y luego les hacemos un Museo. ¡No lo entiendo!». Alba comenta: «A mí me gustaría tener piedras tan interesantes». Y otra joven inglesa, Becky, subraya la compañía de sus padres, sus diez años, y que «no pagué». Otra muchacha confiesa que Toledo, en un día, le arrancó más lágrimas que su novio en cuatro años. Pero entre las inscripciones más cercanas y singulares está la que hizo Hugo Pratt, pocos meses antes de morir. El escritor y dibujante, de origen sefardita, retrató a su héroe y puso al lado: «Por aquí también pasó Corto Maltés».



Un único secreto—«Será mejor que me baje—¡Todavía no! Demasiado pronto llegará la duda. Toda la vida me preguntaré: ¿Dónde estará en este preciso momento, ahora mismo? ¿Qué mirará, en qué piensa, estará bien, estará enamorado, será hermosa?». La virginal adúltera, Jennifer Jones, se despide así de Montgomery Clift en *Estación Termini*, el filme de Vittorio de Sica. Este diálogo, como el de toda la cinta, fue escrito por un jovencísimo Truman Capote, sobre un guión del omnipresente Cesare Zavattini.

Un día en su casa de la calle Apóstol Santiago, en el barrio alto de San Jerónimo, en México DF, Carlos Fuentes me dijo: «Todos tenemos el derecho de llevarnos a la tumba al menos un único secreto». A pesar de nuestra vieja amistad, no me atreví a preguntarle cuál sería el suyo, y yo, hasta ese mismo instante, tampoco había reparado en esa posibilidad. ¿Un secreto como el de los dos personajes perdidos en esa tierra de nadie de la romana estación de ferrocarril, perdidos en el tiempo? Nada puede detener el instante, ni siquiera el amor. Las preguntas que ella se hace no son sobre él, sino sobre sí misma. ¿Quién seré en otro tiempo? Las miradas, las caricias, los gestos no pueden quedar detenidos como los retratos de un cuadro. La carne corre hacia su destino móvil, cambiante, tan efímero como el del tren que deja sus huellas en el propio humo. Pero si ahí se detienen, la ausencia abolirá ese intervalo. El vídeo para la imagen en el plano americano de ambos protagonistas que se miran por última vez. La película así cumple similar función a la